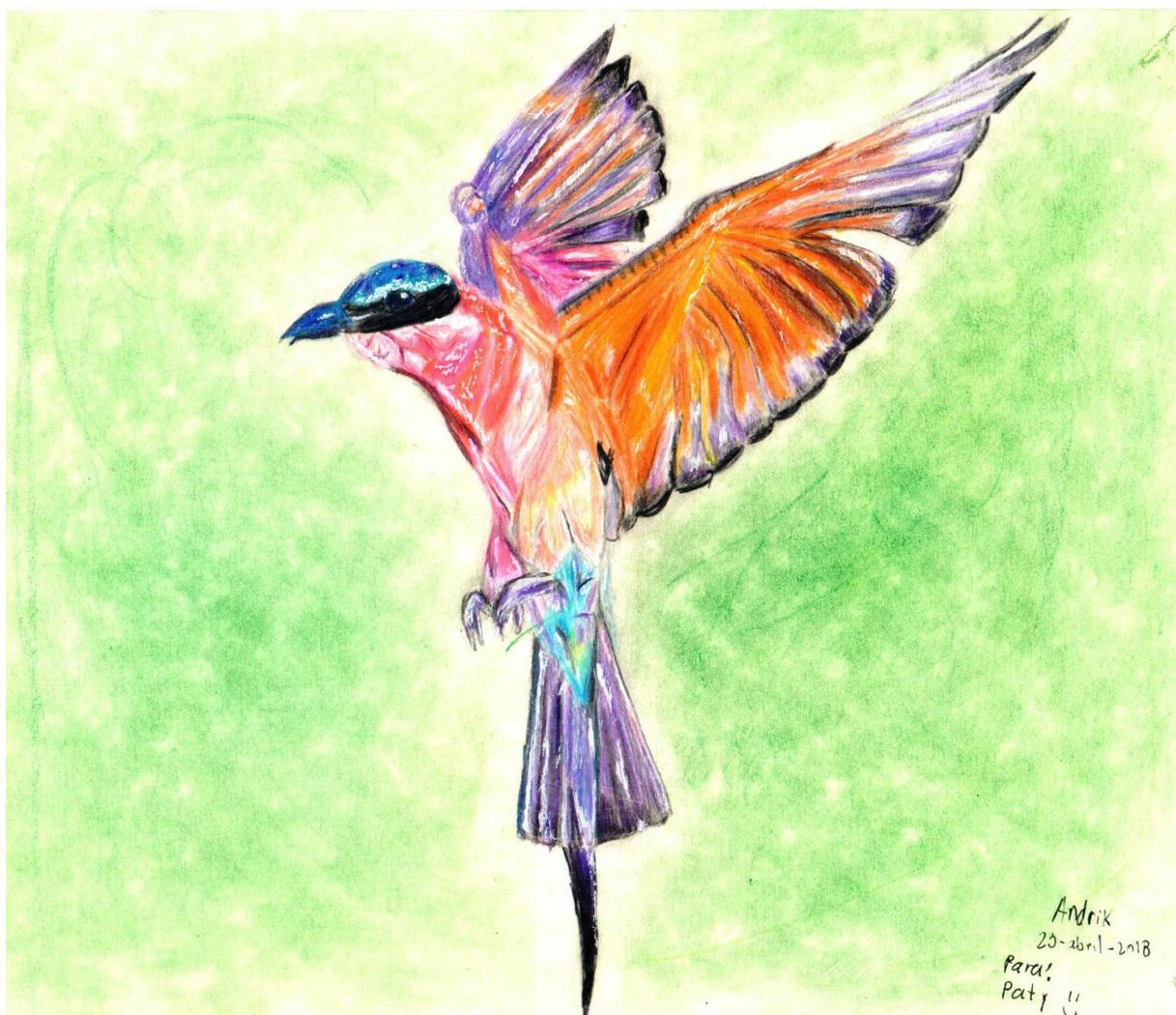




sa día

Revista escolar de la Preparatoria Regional de Amatlán



Número 1

Volumen I

Año I

Directorio

Mtro. Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Mtro. César Antonio Barba Delgadillo

Director General del SEMS

Mtra. Celia Margarita Castañeda González

Directora Escuela Preparatoria Regional de Amatitán

Lic. Carlos Miguel Ángel León Flores

Secretario Administrativo

Lic. José Adrian Velasco Cabrera

Oficial Mayor

Mtra. Veronica Llamas García

Coordinadora Académica

Mtro. Josue Vicente Ocegueda Hernández

Jefe de Departamento Comunicación y Aprendizaje

Mtro. Walter Emmanuel Ortega Muñan

Jefe de Departamento de Matemáticas

Carlos René López Murillo

Jefe de Departamento de Ciencias Experimentales

Mtro. Alejandro Sánchez Ruiz

Jefe de Departamento de Ciencias Humanísticas

Mtro. Alfonso Landeros Rodríguez

Jefe de Departamento de gestión Administrativa

Mtro. Rafael Velazquez Reyes

Coordinador, Módulo El Arenal

Lic. Juan Francisco Salcido Mora

Cordinador, Extensión El Salvador

Editores

Lic. María Isabel Partida Ravelero

Mtro. Josue Vicente Ocegueda Hernández

Colaboradores

Prof. José Ulises Jauregui

Alumnos y ex alumnos*:

Lilia Patricia Ramos Benítez

Juan Mauricio Rivera Núñez

Andrik Noe de la Torre Avila

María de la Paz Sánchez Juárez

Jamie Amézola Madrigal

Edgar Aléxis Arámbula Carrillo

Contenido

Editorial

Mentes a volar (cuento y poesía):

- 267 años en 12 días.

-Almas blancas.

-Amor.

-Declaración de amor.

-Me gustaba.

A lápiz y color (dibujo y pintura):

-Pájaro de colores.

-Hulk.

-Chica fragmentada.

-Chica rosa en ojo.

-Soledad.

-Frida Kahlo.

-María Félix.

Editorial

El mundo necesita humanizarse, educarse y aprender a expresar sus opiniones en los medios adecuados. Las nuevas generaciones deben saber expresar sus sentimientos y opiniones de una forma clara y analítica. La escritura es vista como una actividad de mucho poder que debe ponerse de moda entre los jóvenes para que manifiesten su visión de la sociedad en aspectos políticos, culturales, artísticos, literarios, religiosos y éticos. Las revistas son medios de comunicación que cuentan con ese poder; la revista OSADÍA busca en brindar la oportunidad a los jóvenes estudiantes, egresados, profesores a administrativos que se encuentran deseosos de atención y libre expresión de sentimientos.

267 años en 12 horas

San Juan de Amatitlán, era un pequeño pueblo católico de Nueva Galicia. Sus pobladores eran muy creyentes del catolicismo que los Españoles habían inculcado siglos atrás en la conquista de Mesoamérica en 1500. Era un pueblo rico en flora y fauna; amantes del vino mezcal que se producía en la región, sobre todo en la hacienda de Sta. Rita.

Para Juan Itzae Acosta, San Juan de Amatitlán era el lugar de sus sueños. Había vivido sus veinte años de vida en aquél pueblo el cuál consideraba un paraíso, no solo por sus hermosos paisajes verdes sino por su gente; la cual era muy atenta, amigable y sobretodo sincera. A pesar de ser hijo de un mestizo y una indígena (y su abuelo de un carácter demasiado español) Juan prefería vivir bajo las costumbres que sus padres le habían inculcado desde pequeño, ya que las consideraba más apasionantes que las españolas.

Juan Itzae, el cual estaba comprometido con una criolla de nombre Margarita Bravo, iba a contraer matrimonio en tres días. Todo el pueblo estaba impaciente por que aquél acontecimiento llegara, ya que, según decían, sería la boda más esperada, inclusive antes de que Juan Itzae y Margarita Bravo nacieran.

Independientemente de lo que la sociedad hablaba sobre aquél compromiso, el cariño que ambos se otorgaban iba mucho más allá. Margarita era una mujer mestiza, con facciones españolas, ojos color café. Su cabello era largo hasta su delgada cintura y sus mejillas siempre tenían un leve rubor color rosado. Juan Itzae, en cambio, era un hombre alto, un poco moreno, ojos grandes y oscuros, con cejas delicadamente gruesas y un cuerpo robusto, muy masculino.

Hablaban sobre su futuro juntos, y la casa en la cual vivirían cuando se casaran. Discutían nombres de sus hijos y cuál era la educación que les inculcarían. Cualquiera que los viera a kilómetros de distancia hubiera jurado que su amor era eterno, que nunca se separarían a pesar de todo lo que se pusiera en frente.

El día de su boda, Juan decidió ir a la casona en la cual contraería matrimonio en pocas horas para ver en qué podría ayudar, pero al entrar quedó fascinado al observar todo con detenimiento pues lucía hermoso gracias al apoyo que habían aportado todos los habitantes del pueblo, amigos y familiares de la pareja para la ceremonia de bodas.

-¡Juan, hijo! Qué bueno que estás aquí, ¿podrías traerme ésta jarra llena de agua del manantial?, nos falta para terminar de hacer el ponche – le dijo la cocinera de su abuelo.

- Claro- contestó Juan Itzae con emoción- ahora la traigo.- Tomó la jarra y caminó una cuadra hasta llegar al manantial que se situaba en la plaza principal de aquél pueblo. La llenó y después la subió a su hombro izquierdo para llevarla de nuevo a la casona. Mientras iba en camino se percató de un árbol que le llamó mucho su atención. Se acercó a él y distinguió sus ramas. Era un árbol de canela. Cortó algunas de sus ramas y las guardó en el bolso de su camisa. Horas después, Margarita llegó en una calandria vestida de novia con un hermoso vestido blanco con encaje y detalles españoles.

-¡Oh no! – Se quejó la madre de Juan- ¿segura que fue por la jarra?

- Sí, segura, señora. Yo personalmente le pedí que me trajera la jarra llena de agua, pero no volvió. Fui a buscarlo pero no lo encontré, pensé que se había ido a cambiarse a su casa.

-No puede haberse acobardado, mi hijo no es así.

-¿Cómo que mi nieto no está?- replicó el abuelo.

-Eso parece, señor Acosta, no ha vuelto desde hace tres horas. Replicó la cocinera.

La madre de Juan miraba con melancolía aquella calandria en que estaba Margarita, quien ya comenzaba a mostrarse preocupada pues a lo lejos, desde sus pensamientos, confundida estaba se encontraba. Cuando Juan Itzae levantó el rostro, se sorprendió, no podía entender lo que veía. A su alrededor una realidad que superaba sus pensamientos y conciencia; niños con vestimenta diferente a lo habitual jugaban en artefactos con ruedas, parejas con objetos metálicos que emitían luz y sonidos, el diseño de las casas, el ambiente. Siguió caminando

pensando que todo era un mal juego de su propia mente, culpaba a la boda de su ansiedad. Cuando llegó a la casona observó que estaba pintada de un color diferente, parecía un poco vieja. Las puertas estaban cerradas, tocó, sin mayor éxito, hasta que por fin abrió una señora adulta.

-¿Sí?

-¿Quién es usted?- preguntó asustado Juan- ¿Dónde está mi abuelo?

-¿Tu abuelo?

-Sí, Don Arcadio Acosta

-¿Acosta? El último Acosta que recuerdo era mi padre... - Juan la miró confundido y preocupado- Lo siento muchacho, no puedo ayudarte. – y cerró la puerta.

Juan dejó la jarra en el piso. Miró a su alrededor y se percató de enormes pedazos de metal andando sobre ruedas. “Mamá, te he dicho que en una hora llego a la casa, no te alarmes...”- se quejaba una adolescente que traía uno de esos artefactos metálicos en su oído.

Esperó mucho tiempo afuera de la casona, tratando de asimilar lo que sucedía, entonces retomó los ánimos y decidió caminar hacia la plaza principal en busca de respuestas. Había alrededor, lo que parecía, una especie de cantinas. La plaza se empezaba a llenar de personas –en su mayoría jóvenes- las mujeres ya no vestían faldas largas, sino pantalones oscuros de una tela rara y tacones muy altos de diferentes diseños. Vio a un hombre vestido de charro y pensó que él tendría la respuesta de lo que le estaba pasando, pero lo único que obtuvo como respuesta fue un “estás loco, tienes que terminar de fumar lo que sea que fumes”, respuesta que lo dejó aún más confundido. Miró de nuevo a su alrededor y vio la cabellera de Margarita, Juan consolado, caminó a hacia ella

- Querida... – le llamaba, pero ella no volteaba – Señorita Bravo... ¡Margarita!- gritó y ella volteó. Se dibujó una sonrisa en aquella mujer, no había duda, era Margarita, tenía aquellos

ojos cafés y ese rubor en sus mejillas que la distinguían entre todas las mujeres. Lo único diferente era su vestuario, pero era ella. Detrás de Juan pasaron dos mujeres y abrazaron a la sonriente mujer, para seguir caminando. Juan por un tiempo hasta que puedo acercarse.

-“Margarita”- le dijo, y ella lo miró confundida -“te has equivocado”- respondió ella.

-Señorita Bravo, por favor dígame qué está pasando aquí.

-No sé de qué hablas.

-De nuestra boda, que ya no está, ni siquiera nuestras familias. Acabo de ir a la casona de mi abuelo y no hay nadie- dijo apuntando a la casona de la esquina, la cual ya contaba con una tienda de abarrotes.

-¿Hablas del veinte?

-¿Del veinte?, ¿qué es eso? Por favor, ayúdeme.

-Ayudarte en qué, no sé de qué hablas. Te has equivocado de persona y tal vez de lugar... y hasta de época – dijo en broma.

-¿No me reconoce? Soy su futuro esposo, hoy nos casaríamos-.

-¡Déjala!, estás loco- gritó una amiga de la chica.

-Lo siento, en serio quisiera ayudarte pero no puedo. No sé de qué hablas... Y no creo ser yo la chica con la que estés comprometido. Descansa un poco - y se fue, dejando a Juan aún con más preguntas que respuestas y un vacío horrible de incertidumbre y dolor en su pecho.

Caminó hacia la cantina y entró a ella. Sacó una moneda y se sentó en la barra de aquel lugar, pidió un vino mezcal del caballito cerrero y el cantinero lo miraba raro. -¿“Hablas de Herradura, eh?”- y le sirvió un caballito. Sacó una moneda y la puso en la barra.

-¿Dónde has conseguido esto? – Le dijo el cantinero mientras tomaba la moneda- es una antigüedad.

-¿Cómo dice usted?

-Sí, ésta moneda es del año 1750. Esto no tiene el valor de un caballito con tequila... sino, de una botella o 50 de ellas.

-¿Tequila?

-Sí, bueno, a lo que tú le llamas vino mezcal—. Juan miró al cantinero con el mismo gesto de preocupación y confusión con el que había estado mirando a todos y todo las últimas 6 horas. Todo había cambiado, excepto el sabor del vino mezcal.

Junto a él se sentó un viejo vestido de negro con un sombrero que tapaba su rostro.

-¿Alguna vez ha sentido que todo a su alrededor cambia cuando menos se lo espera, e incluso las personas que más lo amaban parecen desconocerlo? Y es que todo iba tan bien en mi vida-. -Yo no sé qué hago aquí, no soy de aquí. Todo cambió en un abrir y cerrar de ojos. Y mi futura mujer... aquella que yo amaba no me recuerda...- Se desahogaba Juan, un poco ebrio, con aquél viejo que solo hacía más que escucharlo-, pero usted qué sabrá de mi vida. Me quedaré solo y borracho en ésta cantina.

-...Oh muchacho – dijo el anciano- sé más de lo que crees. Tú lo que buscas es respuestas, y aquí ahogado en alcohol jamás las encontrarás. Tienes que ir donde todo comenzó y ahí encontrarás lo que buscas. - Cuando Juan volvió para mirar a aquél viejo, éste se había ido. Se paró como pudo de aquella alta silla que estaba enfrente de la barra y salió a caminar con las palabras de aquél anciano de la cantina, y se dirigió a la casona. Las puertas estaban abiertas y estaba la anciana tejiendo en la entrada de la casa.

-Sabía que volverías – le dijo a Juan.

-Usted puede que tenga las respuestas que busco.

-Las tengo. Pasa- Juan pasó a la casona. Era la de su abuelo, solo que tenía nuevo muebles y artefactos raros en su decoración. Tomaron asiento en un sofá – Mi padre se llamaba Ramón Acosta. Y buscando diferentes documentos, me he percatado de que tu abuelo era tatarabuelo de mi padre-.

-¿A qué se refiere?

-¿Alguna vez te has encontrado con un árbol de canela?- Juan recordó que en la mañana cuando fue por agua, encontró ese árbol. Sacó las ramas de canela de su bolsillo y se las mostró a la anciana -¡lo sospechaba! Sabes, éste árbol te hace viajar en el tiempo; es decir, tú has venido desde hace un poco más de 260 años-.

-¿Solo por ese árbol?

-Sí- exclamó la anciana. Y para volver tienes que regresar estas ramas de donde las tomaste, pero deberá ser antes de la media noche, sino, te quedarás aquí para siempre.

-¿Cómo lo haré? – la anciana se quedó callada. Juan le agradeció rápidamente y se alejó.

Fue a donde había encontrado a aquél árbol, pero ya no estaba. Cavó un pozo con sus manos y plantó aquél árbol, pero Juan seguía ahí, faltaban solo 5 minutos para la media noche, estaba desesperado. De pronto sintió que una mano le tomaba el hombro, él volteó y miró a aquella mujer que juraba no ser Margarita. -Creo saber de dónde vienes- ella tomó un vaso con agua de manantial – Ojalá la encuentres- le dijo, y dejó caer el agua en aquél puño de tierra en el que había plantado las ramas de canela. Sintió un fuerte golpe en su cabeza y abrió los ojos. Las cantinas habían desaparecido, era medio día, no había niños ni artefactos raros, las vestimentas eran las mismas de las que estaba acostumbrado, y la jarra de agua estaba a su lado -¡Hijo!, ya vete a cambiar. Falta poco para que llegue Margarita y aún no estás listo. No sé qué tanto pasa por tu cabeza ¡Dios Mío!- le gritó su madre, él sonrió satisfecho y la abrazó. Corrió a su casa que se situaba detrás de un arroyo por el centro de aquél pueblo para volver y finalmente, casarse con aquella mujer que sí era su Margarita Bravo...



Almas blancas

Él conocía cada una de las cosas favoritas de ella, como aquel perfume caro que le regaló para su aniversario, o esa muñeca de trapo que guardó y cuidó desde niña.

Él la conocía perfectamente. O al menos eso creía. Hoy descubrió algo nuevo; su color favorito era el blanco. Aún no entendía como fue tan tonto al no darse cuenta antes. Era más que obvio: esos vestidos blancos, esas suaves y cómodas sábanas blancas y ese peculiar cuadro blanco que colgaba de la pared blanca de su habitación. Blanco, como su inocente alma.

Él llevaba en sus manos un pequeño ramo de margaritas que recolectó del jardín trasero de su casa. Entró en aquel frío y monótono hospital y se dirigió al piso tres en donde lo esperaba la enfermera, como de costumbre, para acompañarlo a la habitación en donde se encontraba ella.

Ella llevaba seis meses en estado de coma. Exactamente seis meses. Hacía seis meses que él la había llevado a aquel lujoso restaurante para su cumpleaños. Hacía seis meses que aquel asaltante se cruzó en su camino. Hacía seis meses que ella había recibido el impacto de la bala que iba dirigida hacia él.

Él cambió los claveles marchitos del florero por el ramo de margaritas. Las margaritas eran las flores favoritas de ella. Algo le decía a él que si ella moría, reencarnaría como una margarita. Como la margarita más bella de todas.

Él le contaba sus problemas y anécdotas. Ella no podía escucharlo, pero él sentía como si una parte de ella aún siguiera despierta.

Hoy es su última visita. Él debe ir a un viaje de negocios a Suiza por la mañana. Él dejó una bolsa de galletas algo quemadas que horneó la noche anterior sobre la mesa junto a la camilla, le da a ella un beso en los labios y reproduce en su celular su canción favorita, de la banda que ama. Él la abrazaba con todas sus fuerzas, mientras le decía las palabras que

había repetido todos los días en su mente: que todo era su culpa.

Esa noche regresó a casa sintiendo una mezcla de tristeza y felicidad. Empacó su maleta con ropa para una semana junto con la camisa blanca que ella le regaló. Reprodujo una última vez aquella canción que puso en el hospital y se quedó profundamente dormido.

Ella reía y jugaba en sus sueños. Se encontraba en un gran campo de margaritas usando un hermoso vestido blanco y una corona de flores blancas. Ella estuvo a punto de abrazarlo, pero algo lo impidió. Era la alarma.

Él abordó el avión que lo llevaría a su destino. Una vez que ascendieron, sacó de su portafolio una foto de ella, sonriendo. La miró y una lágrima casi brota de sus ojos, mientras decía en un susurro: "Por favor, despierta". De repente, el avión dio una fuerte sacudida, se asomó por la ventana y se llevó una gran sorpresa: un motor estaba en llamas. Un aire tenso llenaba el ambiente. Mientras todos los pasajeros gritaban y lloraban, el avión caía a una gran velocidad. Impactaron violentamente en el piso, dejando como resultado un avión destrozado, un mar de sangre y al menos cincuenta personas muertas. Entonces sucedió algo.

Ella despertó.

Despertó después de estar seis meses sin tener contacto con su alrededor. Las enfermeras la conectaron a un tanque de oxígeno. Ella estaba muy débil, apenas podía mantener los ojos abiertos.

Cuando recuperó sus fuerzas, vio lo más hermoso que pudo ver en toda su vida. Eran los regalos de su amado. Todas aquellas cosas que él le llevaba día con día durante seis meses, desde cartas escritas a mano, hasta ramos de flores blancas con globos blancos atados a ellos.

Ella lo esperaba con ansias cada día, pero nunca la visitaba. Después de unos días, ella volvió a casa. En la puerta encontró el periódico, lo recogió y entró. En la mesa de la sala,

había una nota escrita con tinta verde que decía: “Iré a Suiza a un viaje de negocios, volveré en una semana, espero que te encuentres bien”. Se sentó en el sofá y desenrolló el periódico. Al ver la primera plana, su corazón se rompió en mil pedazos. El avión de la compañía donde él trabajaba se había estrellado de camino a Suiza, dejando cincuenta difuntos y una azafata herida de gravedad. Ella recordó una voz en su cabeza que le dijo “por favor, despierta” mientras despertaba del coma. ¿Será esto una pesadilla?

Desde ese día, las noches de películas se convirtieron en noches de tristeza, los paseos en el parque en visitas a la iglesia, los alegres vestidos blancos en tristes vestidos negros... Su alma blanca ya no estaba a su lado.

Han pasado seis meses desde su muerte. Ella decidió visitar aquel campo de margaritas que solían visitar juntos. Llevaba un hermoso vestido blanco y una corona de flores blancas y recordaba todos aquellos momentos que vivieron juntos, mientras paseaba alegremente.

Entonces se sentó en un roble, en el roble que ambos se hablaron por primera vez. El frío era intenso y comenzaba a nevar, pero ella se negaba a volver a casa. Se recostó en el tronco del árbol, tomó unas cuantas margaritas que recogió momentos antes y cerró los ojos, mientras susurraba “nos vemos allá”.

La nieve iba formando una delgada capa sobre ella y sentía cómo su delicada piel se congelaba. Pero ella conservó una sonrisa en su rostro. Ella moriría feliz de saber que volvería a ver a aquella persona que le dio sentido a su vida.

Sus almas blancas estarían juntas de nuevo, por la eternidad.

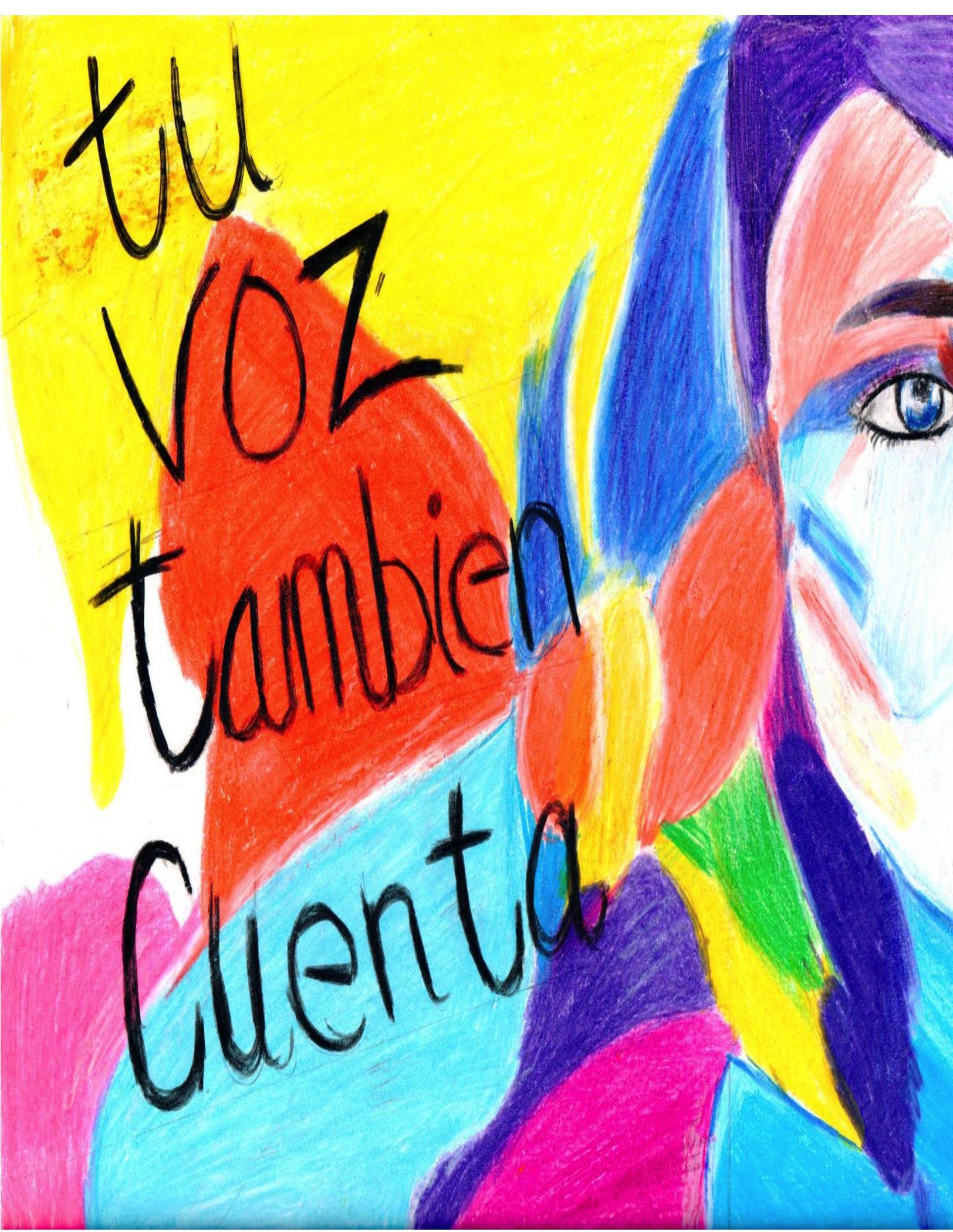
Jaime Amézola Madrigal

tu

voz

tambien

cuenta



Amor. || Edgar Alexis Arámbula Carrillo.

Solamente hace falta una mirada,
una sonrisa, una chispa, para sentir,
ese cálido sentimiento que recorre lentamente tu cuerpo,
hace, que tu cerebro y tu corazón, entren en desacuerdo.

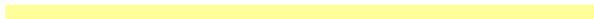
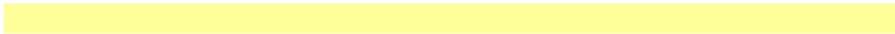
Que te hace volar, te hace libre,
te hace perder la cabeza,
hace que puedas esperar todo el día, para un momento,
en el que tienes la oportunidad de hablar con esa persona,
que creías, solo existía en sueños.

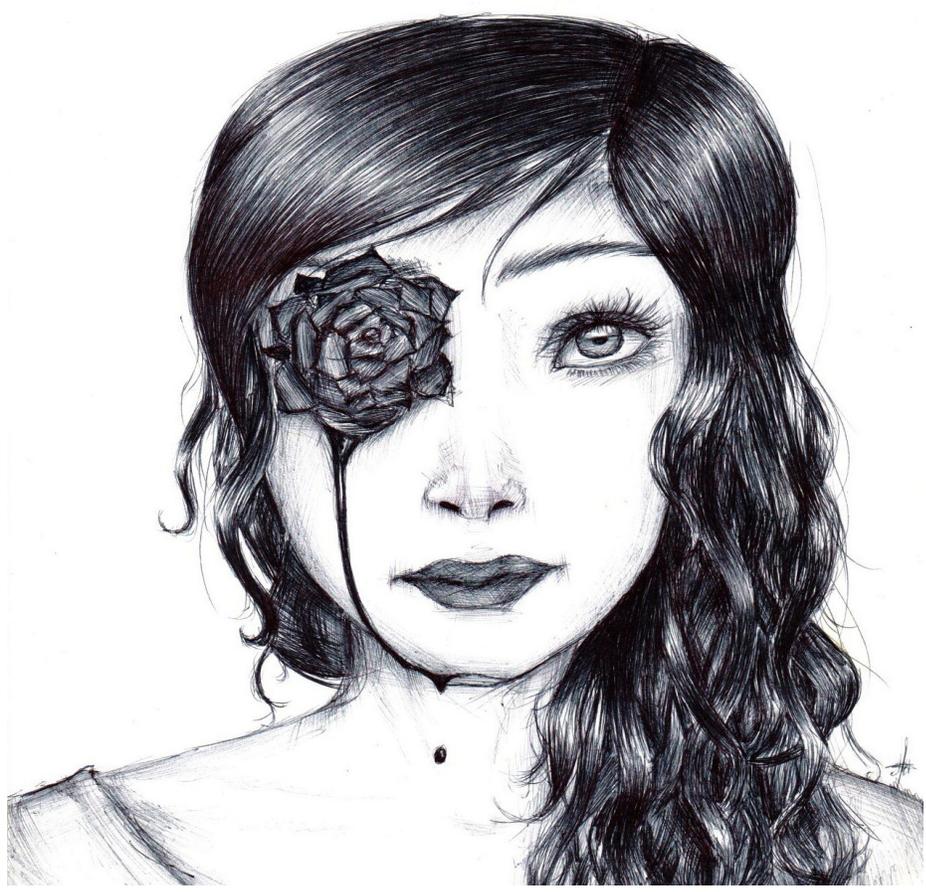
Conocer sus defectos,
que a tus ojos son las más grandes virtudes.
Olvidarse del tiempo,
pasaran días, semanas, meses o incluso años,
aunque para ti solo abran sido unos pocos momentos,

No sabes lo que está pasando,
ni tampoco lo que quieres,
solo sabes que es algo especial,
con aquella persona a la que le tienes un cariño excepcional.

No hay palabras para describirlo,
ni todos los idiomas,
ni todos los dialectos,
bastarían para explicar este gran sentimiento,

No hace falta buscarlo,
el tiempo te lo traerá,
y si se aman de verdad,
juntos siempre estarán.





Declaración de amor

Me enamoré de él.
Me enamoré de él y nada pudo pararme.
Me enamoré con tanta fuerza como la de un millón de soles.
Me enamoré de él, de su voz, sus ojos, letras... lunares
Y es que, ¡quién no se volvería loca con aquellos lunares!
Tres en su rostro y uno en su pecho, para ser exactos.
Me sentía como en la galaxia llena de estrellas.
-Sus lunares siempre fueron la galaxia en la que deseé vivir-

Me enamoré de sus manos,
De sus dedos –y las pocas uñas que cargaba en ellos-.
Sus manos, aquellas que juraban protegerme eternamente.

Su pelo, su mirada.
Me enamoré.
Me enamoré sin siquiera quererlo,
Y es que me daba tanto miedo llegar al punto de tener que olvidarlo.
Pero juro que jamás creí conocer al amor de mi vida
Y ahora que lo tengo en frente me cuesta creerlo.

Estoy jodida lo sé.
Nací jodida y he vivido jodida.
Pero me he enamorado de alguien que acepta esta mierda de desastre
y mis palabras rotas.
Porque sabe que cada sílaba de ellas
están dedicadas a él,
incluso cuando no lo están.

Y sé en el terrible problema que estoy metida,
pero qué va. Yo soy una chica problema.
Pero él... él me ha aceptado así,
y desde que me he enamorado él es lo único que importa.

Me enamoré de él, porque se enamoró de mí.
-juro que es lo mejor del mundo.-

Llámenme ridícula, metafórica,
pero no sé expresarme en otra manera más que en versos,
poéticos cuando se trata de una belleza como la suya.
Con aquella sonrisa tan brillante como un día de primavera,
y toda alegría como la de un niño en navidad.

Creedme que con él me siento salvada del vívido infierno.
Y he de admitir que me da un poco de miedo.
Pero me enamoré de él –para jamás olvidarlo-.

Lilia Patricia Ramos Benítez.

Me gustaba

Me gustaba se la única flor en tu jardín,
tú, única compañera de vida
-aunque solo fuera un momento de ella-
Me gustaba ser la estrella más brillante en tu cielo,
el perfume favorito con el cual recordar.

Me gustaba ser tu sonrisa perdida mientras mirabas al infinito.

Despertarte con un sueño sobre mí.

Me gustaba ser tu futuro
y el motivo por el cuál no quisieras volver al pasado.
Me gustaba ser la palabra más conocida en tu corazón.

Esa canción en tu mente que lleva mi nombre.

Me gustaba como sostenías mi mano,
como si llevaras tu mismísima vida en ellas.

Me gustaba ser tu pensamiento,

tu voz,

esencia,

tu olor,

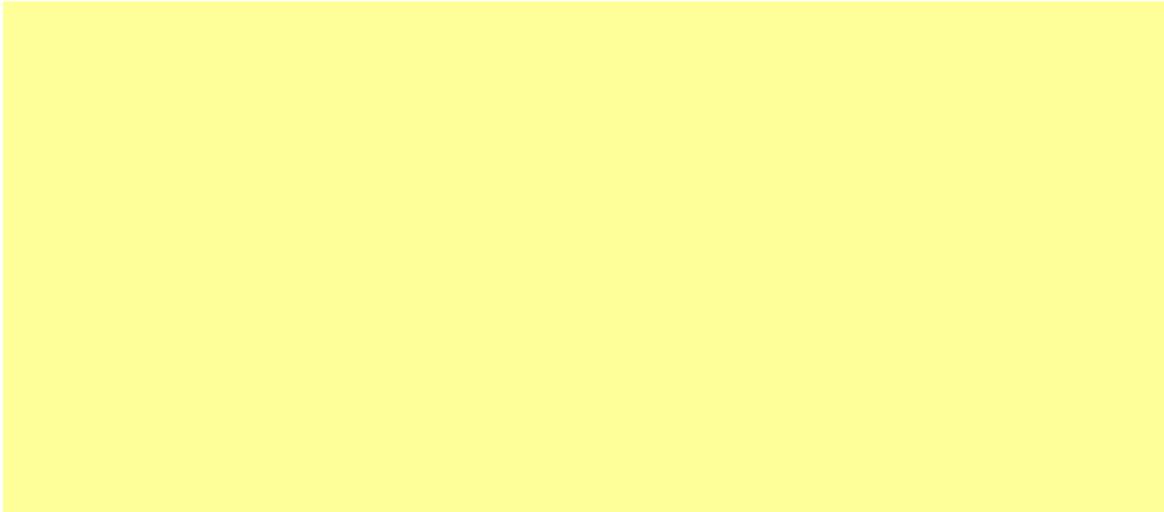
tu mirada,

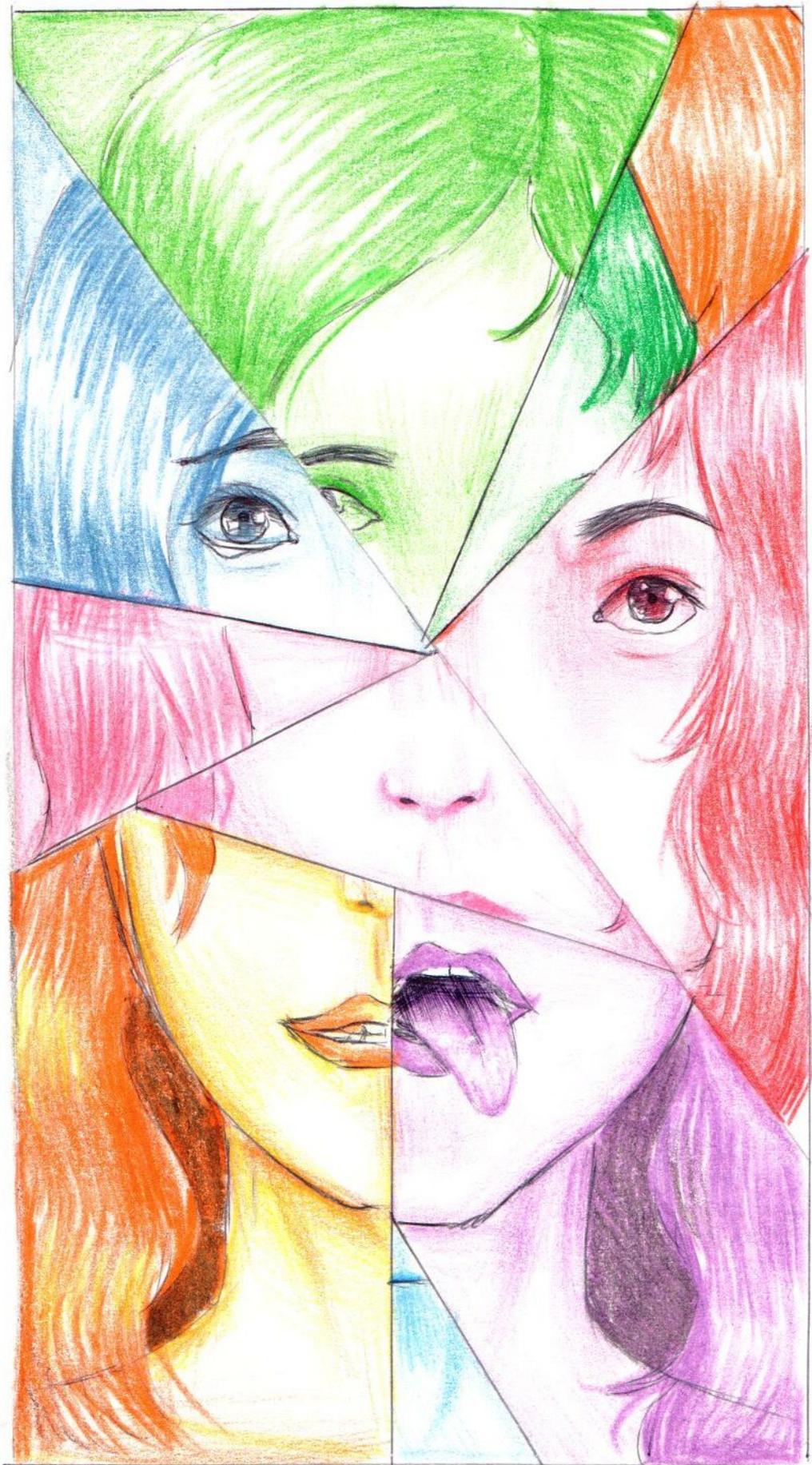
tu presente y futuro.

Me gustaba ser tu amor, tu vida, tu recuerdo;
tu palabra o verso de amor, tu materia favorita.

Me gustaba ser tuya.

Lilia Patricia Ramos Benítez.





Handwritten signature or initials.

Emociones

TALENTO



María de la Paz Sánchez Juárez.
Preparatoria Regional de Amatitán





Andriik
9/11/2018